



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...

Ave María...(x3)

Gloria...

El Amor

¡Tanto se ha hablado del amor y tan poco se puede decir de él! Tras algunos intentos de poner por escrito este primer tema del triduo, no me queda más que rendirme. Me siento incapaz de plasmar en unas líneas lo que late en mi corazón cuando se trata de amor. Pienso que no se puede, que cualquier intento de grabarlo en el papel es una manera de abajarlo, de convertirlo en teoría inútil.

Creo que se trata del tema más manoseado por poetas, filósofos y artistas, sin embargo, ninguna obra de arte o tratado sobre el amor llega a ser el amor, sólo son simples manifestaciones y formas que el alma encuentra para expresarlo.

Vuelvo a pensar en el pequeño en el vientre. ¿Qué experiencia tiene del amor? ¿Cuánto puede entender o explicar de él? Y, sin embargo ¿no es él, en todo su ser, amor en gestación? ¿No soy yo misma, amor que vive y ama? Si Dios es amor (Cfr. 1Jn. 4, 8) y nosotros hemos sido creados a su imagen y semejanza (Cfr. Gn. 1, 26), ¿no afirma esto que, en lo más íntimo del ser, cada uno es amor?

Entonces el amor no es algo que se tiene, no es algo que se piensa o se padece, sino algo que se es. Y el ser, como el amor, no se explica, se vive. No hay dos personas que puedan vivir lo mismo de la misma manera, la experiencia de cada uno es distinta. Por eso yo sólo puedo hablar de mi vivencia, de la

forma como yo he vivido el hecho de amar. Y quien la lea sólo la podrá entender a través de lo que ha vivido, de su propia forma de amar.

Lo primero que me doy cuenta es que mi primera experiencia de amor se dio mucho antes de que yo pueda amar, pues para amar, primero fui amada. ¿Cómo puedo saber esto? En primer lugar, porque Dios me creó. Él pensó en mí incluso antes de que naciera (Cfr. Jer. 1, 5) y luego fue acompañándome desde muy chiquita. En su pedagogía divina, se hizo mi amigo por medio de las oraciones que me enseñaba mi mamá; luego empezamos a conversar y a cultivar una amistad; cuando cumplí nueve años ya no sólo quiso caminar de mi mano, sino que vino a quedarse dentro mío y desde mi primera comunión me ha permitido recibirlo casi a diario; muchas veces nos hemos peleado y, sin embargo, siempre me perdona, siempre me vuela a acoger; y, finalmente, me llamó, me mostró que me había elegido para conducirme a su gloria (Cfr. Rom. 8, 30). ¿Puedo dudar de un amor tan cercano?

¿Por qué Dios, siendo Dios, ha querido estar tan cerca de mi vida? ¿Qué le llevó a pensar en mí, a crearme, a pasar tiempo conmigo, a elegirme? La verdad no lo sé, cuando me veo a mí misma pienso que sólo puede ser “*para confundir a los sabios del mundo*” (1Cor. 1, 27), pues de mi parte no hubo ningún mérito ni ninguna acción que pudiera “comprar” esa elección. Si Él la hizo, fue sólo por amor, porque me amó desde el principio. Y si yo lo he amado también, sé que es sólo porque Él me amó primero (Cfr. 1 Jn. 4, 19).

Lo mismo podría decir cada uno. Pues el amor de Dios es como el de un Padre con sus hijos, distinto y único. Su corazón paternal no discrimina, no separa, no condiciona. Él nos ama porque sí, porque en su libertad ha decidido amarnos y hacernos partícipes de su plenitud.

La pregunta clave es ¿cómo correspondemos a ese amor? ¿cómo lo vivimos?

Cada uno lo hace a su manera, pues depende de las propias experiencias y del pasado que nos condiciona. Quien ha sido maltratado o herido, tendrá mayor dificultad para amar y quien nunca se ha abierto al amor de los demás, encontrará más dificultad en acercarse al amor de Dios.

Sea como sea, todos tenemos experiencias de lo que es el amor y tenemos también una especie de vacío que nos lleva a anhelar ese amor. En unos, por su historia y sus carencias a nivel afectivo, ese vacío es más intenso. ¿Cómo llenarlo?

No hay recetas. Simplemente hay que amar y dejarse amar. Es una experiencia personal. ¿Cómo se ama? Amando. ¿Cómo se es amado? Dejándose amar. No hay otra manera. Es tan simple, que nos resulta complicado, porque el corazón no está acostumbrado a la sencillez. Nos han metido demasiadas novelas rosas en la cabeza que enredan el amor, que lo manosean y lo maltratan. Nos hemos acostumbrado a que las relaciones de pareja se vuelvan tóxicas, se estropeen con la rutina, se vengan abajo con las infidelidades. Todas estas desviaciones nos han alejado de lo que en realidad es el Amor.

Nuestra debilidad nos hace pequeños e incapaces de comprender el amor en plenitud. La buena noticia es que Dios lo sabe. Él, más que nadie, conoce el velo que, desde el pecado original, nos aparta del plan amoroso para el que fuimos creados. Y como no quiere esperar a que lleguemos al Cielo para comenzar a amar, al crearnos nos hace capaces de amarnos entre nosotros. Esas experiencias de amor humano son como probaditas del amor que nos espera en el Cielo.

Así como hemos sido amados por Dios antes de nosotros amarlo, del mismo modo, en el amor humano, somos amados antes de poder amar. Nuestros padres son los primeros en entregarnos ese amor incondicional. Dios les da a ellos la misión de ser sus manos para acariciarnos, su voz para cantarnos antes de dormir y sus labios para llenarnos de besos. Quienes hemos sido amados desde niños, (más aún, quienes fuimos concebidos por amor), tenemos mayor facilidad para entregarnos y amar a los demás. Lo cual no quiere decir que los que no han vivido esta experiencia no puedan amar, simplemente tendrán que sanar primero las heridas que esta carencia ha dejado en su corazón.

Las malas experiencias, el haber sido rechazado o lastimado van dejando un vacío interior. Sin querer se va formando una coraza que inhabilita al ser para amar. ¿Cómo se llena ese vacío? Sólo amando y sabiéndose amado. El amor de madre es el más incondicional de todos. Por eso, acudir a María es siempre un camino seguro para llenar esos vacíos de amor. Ella, a través de la divinidad, se encarga de llenar esos espacios huecos. Sólo el amor de Dios puede completar ese vacío y ese anhelo que tiene

el corazón humano. Él es el único que puede suplir por todo el amor que nos falta. Más todavía, Él nos entrega el amor con que quiere ser amado, para que podamos corresponder al cariño que nos da.

Esto puede sonar un poco elevado y difícil. Pero Dios es simple. ¿Cómo manifiesta su amor en nuestra vida? ¿Cómo nos hace conocer ese amor? ¿Cómo nos enseña a amar para poder corresponder a esa plenitud? Su manera de enseñarnos es asombrosa. Como Él sabe que en nuestra pequeñez no podríamos resistir la grandeza de su amor, nos regala distintos amores a lo largo de la vida, para que vayamos comprendiendo hasta aprender a amar y disfrutar del amor para el que nos destinó.

A medida que vamos creciendo, descubrimos que se puede amar de distintas maneras. Relacionarnos con los demás nos hace conocer el amor de amistad y, con él, nos damos cuenta de que no se ama a todos por igual. El concepto del "mejor amigo", que nos marca desde niños, trae una dimensión distinta al amor, pues ninguno elegimos a nuestra familia, ni decidimos ser amados por los nuestros. En cambio, los amigos nacen de una elección libre. El día en que un niño puede decir "Fulano es mi mejor amigo", de manera inconsciente está diciendo "yo elijo amar a Fulano". Es así como vamos descubriendo que el amor es una elección que se basa en la libertad.

Ese amor de niño poco a poco va madurando. Llega una edad en la que el cuerpo y los sentimientos se desbordan y empiezan

a reclamar un amor de exclusividad. Ese deseo hace que se dé un paso más en el descubrimiento del amor: la intimidad. En la adolescencia uno se da cuenta que tiene todo un universo dentro. Ese mundo interior, tan amplio y rico quiere ser compartido, pero no queremos dejar que cualquiera entre en él. Así que comenzamos a buscar esas almas capaces de comprendernos y compartir lo que llevamos dentro.

En determinado punto, esa intimidad comienza a reclamar exclusividad. El amor ya no quiere ser compartido con muchos, sino que busca amar y ser amado de forma única y para siempre. Es aquí donde se dan las grandes decisiones, pues el camino vocacional se pone en juego: me caso y me entrego a una sola persona por el resto de mi vida, o consagro mi vida a Dios y le entrego mi cuerpo y mi ser entero de manera exclusiva para siempre.

Podría parecer que el camino del amor termina aquí, pero no es así. El amor no puede ser cerrado, no puede acabar en una sola persona, porque es algo abierto, que siempre quiere más, busca, anhela, crece. Por eso, tras esa elección definitiva, el amor se vuelve fecundo y se abre. Esta apertura se manifiesta con el don de la vida en la procreación y formación de una familia, o en la comunidad y el servicio a los demás en la vida consagrada. Sea como sea, es un amor que se entrega a todos, que descubre que mientras más se ama, más se puede amar, que el corazón no tiene un límite, pues siempre puede acoger a más personas y amar con mayor intensidad.

¿Teoría? No. Vida. Cada uno hemos vivido o viviremos estas etapas del amor en algún momento. Así lo ha querido Dios. Así lo ha planeado. De ese modo nos ha dado a conocer en nuestro lenguaje el amor que nos tiene preparado. Nos da una familia para que vivamos la experiencia de ser amados y cuidados; nos regala amigos para que aprendamos a elegir en el amor, a disfrutar, a reír y a perdonar; nos pone al lado una pareja para que el corazón se enamore y se encienda en deseos de entrega y de pasión, para que se disponga a dar la vida por el otro; y finalmente se abre a los demás, a acoger a todos los que quieren entrar en ese mundo interior. Todo eso es el amor.

San Pablo lo entendió bien, seguramente porque lo vivió en profundidad. De hecho, no se debería reflexionar sobre este tema sin antes leer la primera carta que les escribió a los corintios, en el capítulo 13: *"El amor es paciente, amable, no tiene envidia, no presume, no se engríe, no se irrita, no es egoísta..."* (1 Cor. 13, 4-7).

Parece imposible encontrar amores humanos que cumplan con todas las características que el apóstol incluye en su carta. Sin embargo, existen, son amores de verdad, entre gente de carne y hueso. Pensemos en los santos. Imaginemos el amor que se tendrían Francisco y Clara, Teresa y Juan, incluso Magdalena y Jesús o María y José. Puede que se vengan a la mente relaciones místicas y raras, pero no olvidemos que todos ellos fueron humanos, tuvieron un cuerpo que sentía, unos afectos que se desbordaban, un espíritu que ardía. El amor no es una cosa fría, al contrario, es el ingrediente que calienta el corazón a base de risas y de llanto, de silencios y conversaciones, de cuidar del cuerpo y del alma del amado.

Es tan maravilloso el amor humano, que el mismo Dios quiso experimentarlo en toda su profundidad. Ese es el misterio de la encarnación: el misterio de un Dios que quiere tener manos para acariciar, brazos para abrazar, hombros para consolar y labios para besar.

Ese Dios que sabe amar como hombre, quiere también que le amemos con toda nuestra humanidad. Yo no creo en un Dios que permanece lejano y oculto en los templos. Me doy cuenta de que soy incapaz de amar a un Dios que se me presenta en libros y sermones. Si quiero amar a Dios tengo que vivir con Él cada etapa del amor. Tengo que dejarme amar por Él, hacerme su amiga, dejarle entrar en mi intimidad, elegirle y finalmente amar con Él a los demás. Me resisto a amar a un Dios al que no puedo tocar, con el que no puedo reír o llorar.

Mi experiencia del amor de Dios es perfectamente trinitaria, dentro de mi pobre humanidad. Mi relación con Él me ha llevado a descubrirle como un Papá amoroso que está siempre pendiente de mí. Recuerdo cuando mi padre espiritual, un sacerdote muy santo, me hablaba de nunca llamar “Padre” a Dios, sino de decirle siempre “Papito”, “Papi” o “Papá”, cualquier forma que me hiciera sentir cercana a Él, cualquier modo que me diera la confianza de sentarme en sus rodillas (Cfr. Is. 66, 12). También lo he descubierto en toda su humanidad, como hombre, pues puedo decir que sólo me enamoré de Dios cuando descubrí a Cristo. ¿Por qué? Porque Jesús me cautivó con su mirada, me enamoró con sus palabras, me conquistó con su entrega. Cada comunión se fue convirtiendo en un encuentro de intimidad, en ese beso apasionado con el amante

fiel. Fui descubriendo al Hombre-Dios detrás del pedacito de pan que se me entregaba. Finalmente conocí al Divino Espíritu en cada acto de amor. Es algo que no se explica. Cuando se está viviendo la experiencia de amar, cuando el alma parece que se fusiona con Dios o con los demás, es el Espíritu Santo que susurra: "esto es el amor, Yo soy el amor, así es como se ama".

Tengo que decir que esta experiencia de amor de Dios no siempre es sensible. De hecho, en muy pocas ocasiones la siento. Por eso sé que el amor no es un sentimiento, sino algo mucho más profundo. ¿Cómo sé entonces que lo amo? Es una certeza que no se puede explicar. Yo misma no entiendo cómo pueden enamorarme unos ojos que nunca he visto o cómo me puede conquistar una voz que no escucho. Pero no hay duda. Porque el amor no deja espacio para dudar. Quizás por eso sé que lo amo. Además, me doy cuenta de que hay en mí un deseo de amarle cada vez más y me pregunto si ese anhelo de mi corazón no es en sí una forma de estar amando.

Es así como en mi pequeñez voy entendiendo el amor. Todavía me falta mucho por recorrer, sé que queda mucho por aprender y que mi corazón se irá expandiendo cada vez más a medida que me entregue a esta experiencia. Comprendo también que sólo de la mano de María llegaré a amar en plenitud, por eso me abrazo a ella y les pido a los santos que me alcancen de Dios un corazón sencillo que descubra el amor, como ellos lo descubrieron.

REFLEXIÓN: DESCUBRIR EL AMOR

He tratado de compartir mi experiencia de amor y el modo como lo he ido entendiendo a la luz de María. Ahora te toca a ti. Toma un lápiz y una hoja y comienza a trazar los primeros garabatos con los que explicarás qué es para ti el amor. Como el niño pequeño que sabe lo que quiere dibujar, pero en el momento de plasmarlo en el papel no consigue el resultado esperado, pide ayuda a Mamá para que ella tome tu mano y guíe tus trazos.

A lo largo de este día vas a meditar acerca del amor. Pregúntate por tus propias experiencias. ¿Cuándo fue la primera vez que te sentiste amado? ¿Qué tipos de amor has experimentado? ¿Cómo es tu forma de amar? ¿Qué es para ti el amor?

No te enredes al contestar estas preguntas. Respóndelas con un corazón sencillo. Imagina que tienes a tu lado a un niño pequeño, ¿cómo le acercarías a la realidad del amor? ¿Qué le dirías? ¿Qué le propondrías?

Una vez que hayas meditado de esta manera, apacigua tu corazón. Encuentra un momento en el día en que puedas quedarte en silencio y soledad y ponte en presencia de Dios. Cuéntale lo que has entendido, lo que has descubierto y no hagas nada más. Contempla el amor que Él te da y, sin necesidad de palabras, entrégale el amor que tú tienes para dar.